



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
BACHILLERATO DE BELLAS ARTES

Portes
Artes y Letras



Año 2 / N° 3 / 2013

Espacio y alteridad: Ideas circulares en la Argentina.

María Florencia Buret

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Universidad Nacional de La Plata

florencia.buret@gmail.com

Resumen:

El presente trabajo es un breve ensayo en el cual se abordan dos temáticas que cíclicamente reaparecen – aunque con distintos matices – en las reflexiones en torno a la argentinidad: espacio y alteridad. Transitando diferentes relatos de la literatura argentina, se presentarán algunos de los rostros que adoptaron estas ideas circulares y las distintas valoraciones que tuvieron a lo largo del tiempo.

Palabras claves: espacio, alteridad, argentina, literatura, vivencias

I.

“Fue necesario un decreto de los dioses.

Mercurio bajó a la tierra a coger al audaz por el cuello,
le apartó de sus goces y le llevó por la fuerza a los infiernos,
donde ya estaba preparada su roca”

Albert Camus, *El mito de Sísifo*

Que por la ladera de la montaña, empuje la gigantesca piedra hasta alcanzar la cima desde donde, increíblemente para él, deba dejarla caer... Que luego baje, se reencuentre con su carga y nuevamente suba, empujándola esforzadamente por el terreno inclinado, hasta llegar a la cumbre donde, una y mil veces más, deberá dejarla caer. Con estas o parecidas palabras, los dioses dictaron a Sísifo su sentencia por haberse burlado de la Muerte.

En su ensayo titulado *El mito de Sísifo*, Albert Camus toma esta escena cíclica y sin sentido para graficar el sentimiento de “lo absurdo” que surge a partir de la confrontación entre el hombre y el mundo: un mundo que escapa a la razón humana para mostrar un espesor extraño, anulador de toda esperanza.

La imagen circular adquiere otro sentido si consideramos que Sísifo representa a muchos hombres que, por distintas razones, se toparon con la piedra y debieron subirla y empujarla y dejarla caer una o más veces para nunca poder destruirla y siempre tener que abandonarla a futuros Sísifos que – condenados también – deberán subirla y empujarla...

En esta nueva configuración de la escena circular, surge la idea de “vivencia” que anula lo absurdo del castigo. Desde el instante en que nos topamos con la piedra, estamos destinados a empujarla intentando iniciar nuevos rumbos, atravesando zonas no transitadas, lindantes al camino surcado, para llegar a la cima desde donde repetiremos el inmortal gesto de soltar nuestra carga.¹

“la Pampa no puede ser vista sin ser vivida”

Ortega y Gasset **“La Pampa... promesas”**

De las infinitas ideas² circulares que existen en torno a la argentinidad, hay una que *vivencié* y por la cual me traslado al pie de la montaña para reiniciar el ciclo. Mi intención es identificar en el camino, rastros que me conecten con otros sujetos vivenciadores de mi experiencia, otros Sísifos que – como yo – aceptaron su destino.

La historia de mi vivencia de la pampa, el relato de mi encuentro con la piedra de Sísifo, comienza así:

Hace ya algunos años, regresaba de un viaje rumbo al sur. Luego de una estadía no muy extensa pero lo suficientemente significativa e impactante como para permitirme familiarizar con el paisaje montañoso, emprendí el regreso... En auto, por la ruta, el cansancio del prolongado viaje y la nostalgia por el fin de una etapa, se aunaron con otra sensación con sabor a tiempo y a historia...

Cuando partí hacia el sur, mi vista se encontraba insensibilizada por la emoción del viaje, pero a mi regreso, todo fue distinto: acostumbrada al dibujo irregular que las cumbres montañosas pintan en los cielos, la gradual desaparición de las elevaciones se me tornó angustiante. En la ilimitada llanura, mi mirada se perdió en un punto indefinido del horizonte y la soledad existencial se hizo sentir. En ese instante advertí que mi experiencia no era inédita, otros hombres a lo largo de la historia habían *vivido* la pampa. En esa oportunidad, la partida y su nostalgia, mi condición de viajera y la captación de paisajes disímiles me condujeron involuntariamente a recrear la desolada experiencia que algunos inmigrantes, nauseados de tanto mar, padecieron cuando sus ojos contemplaron la llanura y debieron aceptar, forzosamente, que nunca más volverían a visualizar su montañosa patria...

Cuando la ruta me trajo de vuelta a la ciudad portuaria que Martínez Estrada metafóricamente llamó “la cabeza de Goliat”, aún ignoraba que con Buenos Aires se completaba la lista de elementos que necesitaba para comenzar a empujar mi carga. La ciudad se volvía a reunir nuevamente con la pampa, el salvaje, el habitante de la República y el inmigrante...

II.

La ciudad- puerto, la pampa, el indio, el gaucho y el inmigrante constituyen algunas de las máscaras con las que aparecieron en la Argentina dos problemáticas universales: espacio y alteridad. La circularidad de estas ideas no sólo corresponde a su reaparición en un mismo sitio sino, me arriesgaría a decir, a su resurgimiento en todo ser con vida. Desde el comienzo de la existencia todo ente debe adaptarse al espacio y vincularse con otros seres vivos que no pueden ser asimilados por razones que van desde una simple cuestión física de límites – el otro nunca va a poder ser parte del yo – hasta otras más complejas, de índole humana, las relativas a la cultura.

Para reflexionar acerca de estas cuestiones universales en el ámbito particular de nuestro país, basta con remontarnos a la época de la conquista de América. El descubrimiento del continente por parte de los europeos implicó un impacto revolucionario respecto de la concepción del espacio y de la alteridad.

“Tú me presentas Runa Valverde
Junto a Pizarro un nuevo Dios
Me das un libro que llamas Biblia
Con el que dices habla tu Dios.
Nada se escucha por más que intento
Tu Dios no habla, quiere callar
Porque me matan si no comprendo
Tu libro no habla, no quiere hablar.

Víctor Heredia, “Encuentro en Cajamarca”

En *El discurso de la abundancia*, el crítico peruano Julio Ortega analiza un episodio de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso en el cual, un capataz envía al dueño de la hacienda diez

melones. Los indios encargados de realizar esta tarea son advertidos de que si comen alguna de las frutas, la carta – que también deben entregar– los denunciará. Cuando en el camino los acucia la sed, deciden comer una de ellas, pero para evitar que la carta *revele* la desobediencia cometida, la esconden detrás de una pared y, contentos por su astucia, degluten la fruta cuyo sabor desconocían. Cuando llegan a destino y entregan lo encomendado, el dueño de la hacienda luego de leer la carta, descubre la falta y los indios se sintieron abrumados por el poder de la letra.

En esta escena, Julio Ortega llama la atención sobre dos sucesos: en primer lugar, destaca la abundancia que caracteriza al nuevo espacio. Esta primera concepción del nuevo continente como un lugar ameno en el cual todo es, además de exótico, exuberante, fue también expresada por Colón en una de sus cartas al rey, cuando afirmó que *Oriente* era un paraíso terrenal. En segundo lugar, el crítico da cuenta del sentimiento de no pertenencia que, en el proceso de conquista y colonización del continente, comienzan a padecer los indígenas en su propio espacio: los aborígenes son despojados de su identidad cuando se les impone un nuevo orden cultural que los convierte, indefectiblemente, en esclavos de los españoles pero también en ignorantes de sus valores y saberes y – consecuentemente, según la lógica totalitaria del invasor – en salvajes y bárbaros.

En el siglo XVI, en el ámbito del Río de la Plata sucederá un episodio en el que las concepciones de espacio y alteridad comienzan a adquirir significativos matices. Entre las expediciones que se emprendieron con el objetivo de hallar un pasaje que comunicara los dos océanos, el Atlántico y el Pacífico, se encuentra la de Juan Díaz de Solís. Él y sus hombres intentando llevar a cabo esta empresa, descubrieron el estuario del Plata al cual, por su abundancia y dulzura, Solís bautizó con el nombre de “Mar dulce”. Pero esa inmensidad además era depositaria de una metálica ambición que, sin embargo, en nuestro ámbito sólo tendría cabida como promesa. Esta expedición no sólo percibió lo exuberante del espacio sino que también, padeció la ferocidad del *otro*: inesperadamente Solís y algunos de sus hombres que se aproximaron a la costa, fueron asesinados por un grupo de indígenas que sólo dejaron con vida al grumete Francisco del Puerto.

En este suceso histórico se perfilan concepciones del espacio y de la alteridad que luego reaparecerán cíclicamente en textos literarios o ensayísticos referentes a la Argentina: el espacio es concebido como inmenso y prometedor y el indígena –una de las primeras máscaras de la alteridad en

nuestra patria – es percibido como salvaje tal como se aprecia en *La cautiva* de Esteban Echeverría, *Facundo* de Sarmiento y la segunda parte de *Martín Fierro* de José Hernández.

Sin embargo, esta percepción negativa del aborigen como salvaje no es estable: un ejemplo en el mismo siglo XIX es la novela de Lucio V. Mansilla *Una excursión a los indios ranqueles*. Ya en el siglo XX, *El entendado* (1983) de Juan José Saer empalma con esta perspectiva comprensiva de la mirada hacia el indio. En esta novela, que recrea el episodio vivido por Juan Díaz de Solís, los disparadores del universo ficcional son unos pocos datos históricos que el escritor hace explícitos en su artículo “Memoria del río”:

[...] un día, leyendo la Historia argentina de Busaniche, me topé con las catorce líneas que le dedicaba a Francisco del Puerto, el grumete de la expedición de Solís que los indios retuvieron durante diez años y liberaron cuando una nueva expedición llegó a la región. La historia me sedujo de inmediato y decidí no leer más nada sobre el caso, para poder imaginar más libremente el relato. [...] En lo relativo a los indios Colastiné, debo decir que en los tratados especializados, sólo aparece de ellos el nombre, en la larga lista de tribus regionales que habitan en las inmediaciones del río Paraná. Algún autor los hace tributarios de los tobas, o de ciertos grupos instalados más al oeste, en el interior, por Santiago del Estero y aún más allá, pero siempre trasapelados en alguna lista que no señala de ellos ningún rasgo distintivo. Ese anonimato los transforma en materia ideal para una ficción (...)” (Saer 2000)

En la historia relatada por Saer, Francisco del Puerto es elegido por los indios Colastiné para ser testigo de su existencia. En esta novela, aparece un cambio en la valoración de la alteridad cuando les atribuye una concepción vital compleja. Si bien los Colastiné son presentados como caníbales, su antropofagia es resignificada cuando el narrador, el grumete de la expedición de Solís, asume el rol que los indios le han asignado: ser testigo de su existencia y de su mundo. Operando con la ausencia de datos historiográficos, Saer hace de los Colastiné una tribu agobiada por el sentimiento de pérdida, en tanto padecen no sólo la consciencia de la precariedad del mundo sino también una incertidumbre vital. Su propio lenguaje no les aporta una red de contención de su existencia:

En ese idioma no hay ninguna palabra que equivalga a ser o estar. La más cercana significa parecer. Pero parecer tiene menos el sentido de similitud que el de desconfianza. [...] Para los indios, todo parece y nada es. Y el parecer de las cosas se sitúa, sobre todo, en el campo de la inexistencia. (Saer 2006: 173)

La única posibilidad de ser reales está vinculada con dos gestos: repetir cíclicamente una serie de actos (limpiar, arreglar, deglutir anualmente hombres) y establecer vínculos con el otro:

La mera presencia de las cosas no garantizaba su existencia. Un árbol, por ejemplo, no siempre se bastaba a sí mismo para probar su existencia [...] Se la concedían a cambio de cierto provecho utilitario: fruto, leña, sombra. [...] Sin ellos no había árbol, pero, sin el árbol, ellos tampoco eran nada. Dependían tanto uno del otro que la confianza era imposible. (Saer 2006: 169-170)

Con esta filosofía de vida, el escritor Juan José Saer pone al descubierto un hecho clave de la conquista y colonización: la incompreensión de la que fue víctima el indígena. La novela ficcionalmente repone la identidad arrebatada a estos indios, tanto por los conquistadores como por el discurso historiográfico, y resignifica sucesos únicamente percibidos en su aspecto bárbaro debido a una intolerancia cultural.

Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.

Esteban Echeverría, *La Cautiva*

Cuando Julio Ortega describe cómo fue concebido el espacio americano por los europeos, lo hace en términos positivos, aludiendo a la abundancia de la fauna, la flora y los metales valiosos. La novela de Juan José Saer también hace referencia al imaginario europeo existente sobre aquellas tierras desconocidas y prometedoras: “*se hablaba de ciudades pavimentadas de oro, del paraíso sobre la tierra, de monstruos marinos [...] yo escuchaba esos rumores con asombro y palpitaciones; creyéndome, como todas las criaturas, destinado a toda gloria y al abrigo de toda catástrofe.*” (Saer 2006: 11)

En la Argentina, la abundancia traducida en inmensidad terrenal adopta una valoración contraria. En *Facundo*, Sarmiento dice:

La inmensa extensión de país que está en sus extremos es enteramente despoblada, y ríos navegables posee que no ha surcado aún el frágil barquichuelo. El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes, y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. [...] Al sur y al norte, acéchanla los salvajes que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambre de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y sobre las indefensas poblaciones. [...] Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre de campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que puede pisar. (Sarmiento 1977: 23)

En esta descripción, se enumeran los múltiples aspectos negativos que acompañan a la abundancia de la tierra: incomunicación, soledad, vida insegura y recursos desaprovechados. Sarmiento advierte que estas particularidades del espacio actúan como condicionantes del carácter del habitante de esas tierras, por eso se pregunta: “¿*Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada [...]?*” (Sarmiento 1977: 40) Considera que la llanura determina el “despotismo” encarnado en la figura del caudillo, la “resignación estoica para la muerte violenta” y la “ociosidad e incapacidad industrial” distinguibles en el gaucho. Pero también existe un rasgo positivo que la pampa determina: la condición de “poeta” que caracteriza al pueblo argentino.³

A esta enumeración de esencias y gestos condicionados, José Ortega y Gasset agregará a comienzos del siglo XX, otro rasgo que ya estaba sugerido en el episodio de la expedición de Juan Díaz de Solís. Aquel ensayista y viajero español considera, en uno de sus textos relativo a una visita por la Argentina, que la pampa tiene una estructura particular. Mientras que en los restantes paisajes generalmente es posible apreciar dos planos – un primer término, próximo, en el cual la mirada se posa y el fondo que actúa como segundo plano–, en la pampa se advierte una estructura anómala en tanto es imposible distinguir ese juego que se produce entre los dos puntos de focalización. Esta ausencia del primer término hace que la mirada se pierda en el horizonte y determine así otro aspecto propio de los argentinos: una tendencia constante a proyectar el futuro, desatendiendo así el presente.

Acaso lo esencial de los argentinos es eso- ser promesa. Tiene el don de poblarnos el espíritu de promesas [...] La pampa promete, promete, promete... Hace desde el horizonte inagotables ademanes de abundancia y concesión [...] La forma de existencia del argentino es lo que yo llamaría el futurismo concreto de cada cual [...] cada cual vive desde sus ilusiones como si ellas fuesen ya realidad. (Ortega y Gasset 2007: 7)

A los pocos años de publicadas estas ideas, se pone en circulación *Radiografía de la pampa* donde Martínez Estrada también da cuenta de esas promesas:

Ha fracasado y tiene consigo la ancianidad, la privación, el desamparo. Sus hijos le reprochan la pobreza, sin comprender que también esa pobreza es el resultado de cuarenta años de afán por la fortuna, de trabajo sin placer, de lucha solitaria. El hijo no puede ver en el rostro del padre la tragedia de la búsqueda infructuosa (Martínez Estrada 1946: 88)

Esta confianza en un futuro prometedor que conlleva a la postergación del ser en pos de lo que se será en una o algunas de las múltiples bifurcaciones de la existencia, este gesto anulador de la esencia del ser y de sus condiciones presentes, es identificado por Martínez Estrada en el nuestro propio devenir histórico. El ensayista lo encuentra específicamente en ese anhelo de la elite dirigente de ser otro que no somos:

Los creadores de ficciones eran los promotores de la civilización, enfrente de los obreros de la barbarie, más próximos a la realidad repudiada [...] El procedimiento con que se quiso extirpar lo híbrido y extranjero, fue adoptar las formas externas de lo europeo. Y así se añadía lo falso a lo auténtico. [...] Eran los males de la apariencia, de la parodia, que podrían durar vigentes mayor o menor cantidad de años, pero que al cabo debían caer [...] Se tapaba con estiércol el almácigo de la barbarie, sin advertir que los pueblos no pueden vivir de utopías y que la civilización es una excoriación natural o no es nada. (Martínez Estrada 1946: 208-209)

III.

“las eternas especies del jinete
y de la ciudad”

Borges, Jorge Luis, “Historia de jinetes”

A causa de la abundante llanura, el interior era para Sarmiento salvaje. El único contrapeso de esta barbarie lo constituía la ciudad, germen de la civilización: en ella había *libros, ideas, espíritu municipal, juzgados, derechos, leyes, educación: todos los puntos de contacto y de mancomunidad que tenemos con los europeos* (Sarmiento 1977: 65) Los progresos sólo se acumulaban en Buenos Aires pues la llanura – *uno de los*

rasgos más notables de la fisonomía interior de la República – no constituía un medio propicio para distribuir la civilización y sus progresos por el resto de las provincias.

Cuando Facundo Quiroga visita Buenos Aires *se civiliza*, paralelamente - y a la inversa-, Lavalle hace un cambio estratégico que será trágico: adopta el sistema utilizado por la montonera y desecha sus conocimientos de la guerra *a la europea*. Este paralelismo es el que permitirá al ensayista, delinear los simbólicos cambios que se producirán en estas dos figuras paradigmáticas que ingresan a un ámbito antagónico a su esencia:

Los papeles están cambiados: el gaucho toma la casaca; el militar de la Independencia, el poncho; el primero triunfa; el segundo va a morir traspasado por una bala que le dispara de paso la montonera. [...] Si Lavalle hubiera hecho la campaña de 1840 en silla inglesa y con el paletó francés, hoy estaríamos a orillas del Plata, arreglando la navegación por vapor de los ríos y distribuyendo terrenos a la inmigración. (Sarmiento 1977: 158)

En este fragmento, el ensayista postula indirectamente que cada ser presenta una esencia que se vincula con la estructura del espacio que lo determina, la pampa o la ciudad, y que, a la vez, lo refleja. Pero, paralelamente a esta concepción, afirma que sin importar cual sea esa esencia, la alternativa civilizada o europea es siempre la opción que conduce al progreso, ya sea individual o social. Esta afirmación es la que Martínez Estrada concebirá como *los males de la apariencia* (Martínez Estrada 1946: 209). Pero Sarmiento no lo cree así, al contrario, ve en la ciudad un poder ordenador. Por ello, cuando Facundo ingresa a la ciudad de Buenos Aires, Sarmiento hará hincapié en una serie de cambios positivos, civilizados, que se producen en la figura del caudillo: su conducta es mesurada, justifica sus actos de barbarie como necesarios para conservar su vida, habla de la Constitución, manda a sus hijos a los mejores colegios y los hace vestir frac y levita. (Sarmiento 1977: 191)

La capacidad de adaptación del sujeto al espacio o, mejor dicho, el poder determinista que el espacio tiene sobre las conductas de los individuos es, para Sarmiento, una posibilidad de la Argentina para ser otra, es decir, una posibilidad de europeizarse. Para ello, es necesario un proyecto político destinado a poblar la inmensidad del territorio argentino pues, advierte que cuando una esencia bárbara regresa a su hábitat, sus instintos resurgen salvajemente. Así, cuando Facundo vuelve a su espacio señala: *La brutalidad y el terror vuelven a aparecer desde que se halla en el campo* (Sarmiento 1977: 194).

Esta idea de sujetos pertenecientes a un determinado ámbito, reaparece en la obra literaria de Jorge Luis Borges con distintas variaciones que, en algunos casos, ya se encuentran esbozadas o sugeridas en el ensayo de Sarmiento.

La idea borgeana del iluminado, es una de estas ideas. El “iluminado” es aquel sujeto que, en el momento de una confrontación cultural, abandona la suya para adoptar la otra, la impensada y antagónica. Atraído por la alteridad, el “iluminado” se identifica con el Otro y efectúa un pasaje espacio- cultural.⁴

En el personaje del mayor Navarro se encuentra, a mi entender, el esbozo de esta concepción. La originalidad de la vida de este personaje es la que conduce a Sarmiento a *hacer una digresión a favor de su memoria*. (Sarmiento 1977: 168) El mayor Navarro es uno de los predilectos de Lavalle. Anuncia que matará a Villafañe y así lo hace. Considera que la guerra es su elemento. Muere al lado de su amigo pues se niega a fugarse sin antes salvarlo.

El mayor Navarro provenía de una distinguida familia pero cuando tierra adentro conoce a la hija de un cacique, se ilumina de modo tal que, pese a su procedencia:

se habitúa a comer carne cruda y beber sangre en la degolladera de los caballos, hasta que en cuatro años se hace un salvaje hecho y derecho.

[...] joven era, y tan culto en su lenguaje y tan elegante en sus modales como el primer pisaverde; lo que no estorbaba que cuando veía caer una res, viniese a beberle la sangre. (Sarmiento 1977: 166)

Este pasaje cultural efectuado por Navarro y graficado a través de la impactante imagen de un joven, agachado, bebiendo la sangre animal, reaparece en “*Historia del guerrero y la cautiva*”. En este cuento de Jorge Luis Borges, el narrador refiere las historias de dos seres que, como el mayor Navarro, fueron arrebatados por un ímpetu irracional e injustificable. El relato comienza con la rememoración por parte del narrador de la conmoción que le produjo el destino del longobardo Droctulft, el bárbaro que fue encandilado por la ciudad de Ravena. “*Bruscamente lo ciega y lo renueva esa revelación, la Ciudad [...] Droctulft abandona a los suyos y pelea por Ravena [...] No fue un traidor (los traidores no suelen inspirar epitafios piadosos); fue un iluminado, un converso.*” (Borges 2007: 670)⁵

Esta historia leída en el libro de Croce, le permite al narrador rescatar de su memoria un relato que alguna vez le oyó a su abuela inglesa: la historia de la cautiva inglesa que encontró la felicidad en el desierto y lo manifestó – provocativa o involuntariamente – cuando *se tiró al suelo y bebió la sangre caliente* de una oveja recién degollada. El narrador duda si ese gesto – el mismo en el que Sarmiento se había detenido – fue realizado *porque ya no podía obrar de otro modo, o como un desafío y un signo*. (Borges 2007: 672)

La segunda de las ideas cíclicas – que aparece primero en Sarmiento y luego en Borges y que constituyen variaciones de los grandes temas circulares de espacio y alteridad – es la de la muerte violenta. En el *Facundo*, mientras el ensayista describe el aspecto físico de la República Argentina, afirma que en la pampa, el hombre vive constantemente amenazado no sólo por los animales feroces sino también por el otro, el bárbaro y salvaje: el indio. Por lo cual, atravesar la pampa implica no salir indemne. Esta inseguridad permanente desencadena una serie de conductas: la violencia, simbolizada en la presencia ineludible del cuchillo⁶ y una *resignación estoica para la muerte violenta*. (Sarmiento 1977: 24)

En dos textos de Jorge Luis Borges, “Poema conjetural” y “El Sur”, se relatan casos de muerte violenta, es decir, aquella que ha sido provocada por el filo de la lanza o el cuchillo.⁷ En ambos relatos, se destaca que los sujetos que padecen este final trágico, paradójicamente, han consagrado su vida a procesos civilizados: el estudio de las leyes por parte de Laprida y la conservación de la cultura, en el caso del bibliotecario Dahlmann; y que, cuando la muerte violenta los encuentra, resignadamente la aceptan. Borges tiñe ese estoicismo señalado por Sarmiento, de una idea fatalista pero reveladora de la verdadera identidad: la del “destino sudamericano”. Así, en el poema, Laprida advierte que va a morir de un modo inimaginable – pues ese deceso bárbaro a cielo abierto, no condecía con toda una vida dedicada a los libros y a las leyes⁸ pero, sin embargo, experimenta una increíble vivencia:

a cielo abierto yaceré entre ciénagas;
pero me endiosa el pecho inexplicable
un júbilo secreto. Al fin me encuentro
con mi destino sudamericano.
A esta ruinoso tarde me llevaba
el laberinto múltiple de pasos
que mis días tejieron desde un día
de la niñez. Al fin he descubierto
la recóndita clave de mis años,
la suerte de Francisco de Laprida,
la letra que faltaba, la perfecta
forma que supo Dios desde el principio.
En el espejo de esta noche alcanzo
mi insospechado rostro eterno. El círculo
se va a cerrar. Yo aguardo que así sea.
(Borges II, 2007: 287-288)

Esta misma concepción fatalista de la vida del argentino, se reitera en la trama de “El Sur” cuando el viejo gaucho – en quien el protagonista había visto *una cifra del Sur (del Sur que era suyo)* – imprevisiblemente le tira a Dahlmann la daga para que pelee: *Era como si el Sur hubiera resuelto que Dahlmann aceptara el duelo*. (Borges I, 2007: 637)

Es decir que la idea de Sarmiento de que el hombre de la República Argentina presenta un sentimiento resignado frente a la muerte violenta, resurge en los textos de Borges con un traje nuevo: la del destino sudamericano.

En el “Poema conjetural”, la reflexión de Laprida acerca de su insospechado final, coincide en muchos sentidos con los proyectos civilizados que muchos intelectuales argentinos soñaron para su país:

Yo que anhelé ser otro, ser un hombre
de sentencias, de libros, de dictámenes,
a cielo abierto yaceré entre ciénagas;

(Borges II, 2007: 287)

Como Laprida, la Argentina desde un principio quiso ser otra, un país civilizado como Francia, Inglaterra o Estados Unidos. En pos de esta promesa, varios intelectuales inicialmente propusieron y fomentaron el ingreso del inmigrante. Sarmiento fue uno de los pensadores y políticos que apoyó y llevó a cabo este proyecto. Él había encontrado en la figura del inmigrante la solución para contrarrestar la barbarie generada por el espacio pampeano: *el elemento principal de orden y moralización que la República Argentina cuenta hoy es la inmigración europea.* (Sarmiento 1977: 242)

Pero antes de explicitar panfletariamente su propuesta política, Sarmiento intenta persuadir al lector acerca de lo conveniente que sería que la Argentina fuese poblada por inmigrantes civilizados, a través de una sugestiva comparación:

Da compasión y vergüenza en la República Argentina comparar la colonia alemana o escocesa del sur de Buenos Aires y la villa que se forma en el interior: en la primera, las casitas son pintadas; el frente de la casa, siempre aseado, adornado de flores y arbustillos graciosos; el amueblado, sencillo, pero completo; la vajilla, de cobre o estaño, reluciente siempre; la cama, con cortinillas graciosas, y los habitantes, en un movimiento y acción continuos. Ordeñando vacas, fabricando mantequilla y quesos, han logrado algunas familias hacer fortunas colosales y retirarse a la ciudad, a gozar de las comodidades.

La villa nacional es el reverso indigno de esta medalla: niños sucios y cubiertos de harapos viven con una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo, en la más completa inacción; el desaseo y la pobreza por todas partes; una mesita y petacas por todo amueblado; ranchos miserables por habitación, y un aspecto general de barbarie y de incuria los hacen notables. (Sarmiento 1977: 28)

Pero la realidad resultó ser otra... Vinieron inmigrantes, pero no los esperados por Sarmiento y así, con el tiempo, el sujeto de la alteridad cambió.

IV.

En la época en que es escrito el *Facundo*, el presente aterraba y el futuro prometía. La inmigración de europeos a la Argentina era un proyecto político que solucionaría problemáticas intrínsecas de la República: el territorio inmenso y despoblado, determinante de la esencia bárbara en el habitante del país. El futuro era prometedor pues aún no se sospechaba qué clases sociales europeas inmigrarían a la Argentina ni tampoco que nuevos inconvenientes se presentarían: problemas de vivienda y distribución,⁹ conflictos culturales e idiomáticos, entre otros.

Por aquel entonces, cuando el futuro era pura promesa, había dos clases de alteridad: la externa y salvaje (el indio) y la interna y bárbara (el gaucho). Frente a ambas, los políticos tendieron a exterminar al primero y a hacer desaparecer al segundo al exigir su adaptación al sistema (la extinción del gaucho se debió a que dicho amoldamiento implicaba una serie de cambios en sus hábitos de vida que eran, justamente, los que hacían del gaucho un tipo social).

Cuando la política inmigratoria se concreta y se logra gobernar poblando, comienza a gestarse poco a poco un sentimiento xenófobo. Los intelectuales percibían que “lo argentino” se diluía y contaminaba con lo foráneo. La aparición de este nuevo colectivo social en el ámbito argentino, coincide con el exterminio del indio a través de las campañas al desierto al mando de Julio Argentino Roca y la adaptación/ desaparición del gaucho. El espacio vacío dejado por estos sujetos, comienza a ser ocupado por el inmigrante, el nuevo rostro de la alteridad.

Los intelectuales que trabajan ideológicamente para el Estado, buscan – aterrorizados– estrategias para detener la invasión cultural y evitar que la Argentina se convierta en una nueva Babel. Entre las estrategias, la reivindicación de la figura del gaucho es interesante. El otro, el que fue excluido por bárbaro, se convierte ahora – una vez desaparecido – en símbolo de la argentinidad.

En 1913, Leopoldo Lugones da una serie de conferencias en el Teatro Odeón, frente a la clase dirigente, que luego serán reunidas y publicadas en 1916 bajo el título de *El Payador*. En estas exposiciones, el escritor paralelamente que inicia la consagración del *Martín Fierro* de José Hernández, reivindica la figura del gaucho.¹⁰ Este proceso de resignificación del pasado y sus tipos sociales se produce como respuesta del intelectual frente a la amenaza latente percibida en el inmigrante: el ingreso de europeos a la Argentina implicó a su vez la importación de culturas e ideas que atentan contra el orden social – vinculado íntimamente a los privilegios sociopolíticos de la elite gobernante – así como también contra la idea de Nación.

El gaucho, un tipo social propio del ámbito argentino, inicialmente rechazado como “otro” por ser representante de la barbarie, será reivindicado por Lugones cuando el inmigrante, con su diversidad idiomática y cultural, se revele como una amenaza directa contra la argentinidad. De esta forma, la inmigración deja de ser vista como un agente del progreso para transformarse en una nueva barbarie, una nueva alteridad.

Lugones configura un mito en el cual el gaucho se presenta como el último heredero del helenismo. Para ello, efectúa una doble estrategia: por un lado, construye un recorrido histórico en el que reconstruye este enlace: el trovador y del paladín de Provenza son dos figuras restauradoras de la civilización helénica pues rinden culto a la mujer – *a quien la Iglesia consideraba como la representante de uno de los enemigos del alma* (Lugones 1979: 189) – y presentan a la justicia como bien personal. Los paladines subsisten en España por la guerra con los moros y, con el descubrimiento, finalmente llegan a América. Luego de efectuar esta construcción genealógica artificial entre la civilización griega y el gaucho, el escritor pone en marcha su segunda treta: alude a la persistencia de la estética griega en el gaucho.

En su última conferencia, Lugones hace referencia a la existencia de dos razas, la helénica y la gótica. La satisfacción espiritual es la que hace posible la civilización. La raza helénica busca y encuentra ese estado de tranquilidad por el camino de la belleza; la gótica, por el camino de la verdad. La belleza es eficaz debido a que es permanente, a diferencia de la verdad y el bien que son inmateriales y mudables. Por medio de la belleza se llega a estos principios. (Aquí se puede identificar la idea sarmientina del alma poeta del gaucho y de los argentinos en general.)

Este artificio que presenta al gaucho como el último heredero del helenismo está destinado a provocar una identificación colectiva. Es por eso que, en el comienzo de la última conferencia, Lugones plantea la necesidad de erigir un monumento a Martín Fierro pues así se logrará dicha identificación: *la unión de todos en el mismo noble culto, dará un concepto superior al sentimiento fraternal de la ciudadanía* (Lugones 1979:187)

El proceso de consagración de la obra de José Hernández fue estudiado por Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano en su obra *Ensayos argentinos*. Estos críticos mencionaban una encuesta efectuada por la revista *Nosotros* en donde se preguntaba si el poema *Martín Fierro* era épico. La respuesta afirmativa implicaba que la obra contenía secretos acerca de la Nación Argentina. Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas, que recomendaron la canonización del poema de Hernández, consideraron que era épico y por ello afirmaron – respectivamente – que estaba emparentado con los poemas homéricos y con los poemas épicos medievales.

Cuando Borges examina esta consagración, se lamenta de que el *Facundo* no haya sido tomado como libro de los argentinos, en tanto plantea problemáticas no sólo provenientes de nuestro propio pasado histórico sino fundamentalmente de cuestiones que aún hoy continúan.

Jorge Luis Borges prologó tres ediciones del poema de José Hernández. En uno de esos prólogos afirma:

Después del *Facundo* de Sarmiento o con el *Facundo*, el *Martín Fierro*, es la obra capital de la literatura argentina [...] Se ha repetido, por ejemplo, que el *Martín Fierro* es una epopeya, que la historia argentina se cifra de algún modo en sus páginas y no ha faltado quien lo equiparara a la *Biblia*. Tales imprudentes hipérboles han sido refutadas [...]. (Borges IV, 2007: 108)¹¹

Cuando prologa el *Facundo* de Sarmiento, Borges explicita en qué reside la importancia de este ensayo:

El *Facundo* nos propone una disyuntiva – civilización o barbarie – que es aplicable, según juzgo, al entero proceso de nuestra historia. Para Sarmiento, la barbarie era la llanura de las tribus aborígenes y del gaucho; la civilización, las ciudades. El gaucho ha sido reemplazado por colonos y obreros; la barbarie no sólo está en el campo sino en la plebe de las grandes ciudades y el demagogo cumple la función del antiguo caudillo, que era también un demagogo. La disyuntiva no ha cambiado. Sub specie aeternitatis, el *Facundo* es aún la mejor historia argentina. (Borges IV, 2007: 149)

En otro de sus ensayos titulado “Historias de Jinetes”, Borges da cuenta de cómo la canonización del *Martín Fierro* ha incidido en forma determinante en el destino del país:

Hay un agrado en percibir, bajo los disfraces del tiempo, las eternas especies del jinete y de la ciudad [...] ya que los argentinos (por obra del gaucho de Hernández o por gravitación de nuestro pasado) nos identificamos con el jinete, que es el que pierde al fin. (Borges I, 2007: 178)

En una posdata que posteriormente agrega a un prólogo que había redactado en 1944 para otra obra de Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, hace explícita esta idea:

Posdata de 1974. Sarmiento sigue formulando la alternativa: civilización o barbarie. Ya se sabe la elección de los argentinos. Si en lugar de canonizar el Martín Fierro, hubiéramos canonizado el Facundo, otra sería nuestra historia y mejor. (Borges IV, 2007: 148)

V.

A lo largo de este ensayo, mostré cómo el espacio y la alteridad son dos temáticas que cíclicamente reaparecen con distintos matices en las reflexiones en torno a la argentinidad. Estas ideas se presentaron ante mí con un rostro desolado: el inmigrante en la pampa viendo... viendo nada.

Entre los primeros Sísifos se encuentran los conquistadores quienes delinearon los primeros rasgos de estas ideas: caracterizaron al espacio como abundante y prometedor y concibieron al indio como bárbaro y salvaje. Estas concepciones reaparecieron ligeramente matizadas o bien valoradas en un signo contrario: el espacio en la Argentina fue estimado como negativo por los pensadores del siglo XIX y, bien entrado el siglo XX, el indígena será reconocido como poseedor de una cultura diferente y valiosa.

Mientras que el espacio prometedor se tradujo en países como Perú, Bolivia y Brasil en una realidad física concreta: el hallazgo efectivo de oro y plata; en nuestro país, esas promesas se intelectualizaron en proyectos políticos que, involucraron a la problemática de la alteridad, en cuestiones relativas a la identidad nacional. Así, el habitante de la República – salvaje y bárbaro por determinación espacial – debía ser eliminado mientras se soñaba con ser otro: civilizado y europeo.

En nuestra historia, se negó el nosotros en pos de un deseo imposible: ser otro. Los proyectos políticos se diseñaron en torno a esta vana promesa y el resultado fue un nuevo rostro de la alteridad, el del inmigrante.

Como auténticas ideas circulares, espacio y alteridad hoy prevalecen, con estas u otras máscaras pero reaparecen, siempre, cíclicamente... Yo ya llegué a la cima desde donde solté la piedra. La veo caer y cae...

Un punto se agitó en el horizonte y creció hasta ser un jinete, que venía o parecía venir. Otro Sísifo se aproximaba, o por lo menos, el horizonte llano así lo prometía...

Notas

1. Esta idea está emparentada con la expuesta por Jorge Luis Borges en su ensayo “Tiempo circular”: “ciclos similares, no idénticos”.
2. El número de ideas cíclicas seguramente sea finito, pero no se encuentra en mí la posibilidad de dar con la numeración exacta. En un cuento de J. L. Borges, “La casa de Asterión”, el personaje es el minotauro griego que en su laberinto espera a Teseo, su redentor. Cuando describe su casa, afirma que el número de puertas es infinito. En una nota al pie, otro narrador (que asume la identidad del autor) aclara: “El original dice *catorce*, pero sobran motivos para inferir que, en boca de Asterión, ese adjetivo numeral vale por infinitos”. En esta pequeña acotación (viable gracias a la asimetría que presentan los dos narradores), aparece concentrada una idea anteriormente enunciada: el mundo supera la acción del hombre. Pero, en esta oportunidad, la reedición de esta idea presenta una pequeña variante: se considera que la superación del mundo es indefectible y por ello se habla directamente de “infinito”.
3. Sarmiento considera que la producción poética es determinada en primera instancia por el paisaje: *¿Qué hay más allá de lo que ve? ¡La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte! He aquí ya la poesía [...] De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza.* (Sarmiento 1977: 40) Esta idea también es cíclica, por ejemplo, cuando Rafael Obligado en un artículo publicado en 1875 en la *Revista Literaria* de Buenos Aires, tiene que salir en defensa de una escritora argentina, Juana Manuela Gorriti – en un período en el cual se estaba conformando una literatura nacional–, recurre a esta idea con la siguiente variación: además de aludir a lo determinante del paisaje, destacará que ese paisaje es el que la presenta a Gorriti con una pizca de singularidad única:

La señora Gorriti, que no ha nacido en la desgraciada patria de Fernán Caballero, que debe su inspiración a las selvas, a las llanuras y a las montañas americanas, ha escrito con la libertad, con el vigor, con la melancolía de sus escenas; y su lenguaje, que felizmente se aleja de la corrección académica, tiene toda la verdad, todo el colorido, toda la juventud de la naturaleza que arrulló su cuna [...] (Obligado 1976)

4. Desde un principio se identificaron dos clases de personas que, a lo largo de la historia, además de ir variando, o por ello mismo, recibieron diferentes designaciones: agricultores y cazadores, sedentarios y nómades, civilizados y bárbaros, caseros y viajeros, intelectuales y hombres de acción, hombres de campo y hombres de ciudad. En este mismo sentido, Borges las llamará: *las eternas especies del jinete y de la ciudad*. En todos ellos, su cultura se vio determinada por los distintos modos de encontrarse sujeto

- o no a un espacio determinado. Aquí reside esa capacidad – de las ideas de espacio y alteridad – de reaparecer circularmente y con pequeñas variaciones.
5. La aclaración del narrador de que Droctulft es un iluminado y no un traidor, entra en diálogo directo con el otro cuento de *El Aleph* de Borges, en el cual se reinterpreta la actitud de un personaje literario singular: Cruz, el compañero de Martín Fierro. (Ver “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829- 1874).
 6. Sarmiento señala que el cuchillo es un elemento infaltable en la indumentaria del gaucho, que posteriormente fue utilizado por la mazorca: “*El ejecutar con cuchillo, degollando y no fusilando, es un instinto de carnicero de Rosas ha sabido aprovechar para dar, todavía, a la muerte, formas gauchas, y al asesino, placeres horribles*” (Sarmiento 1977: 67). Borges y Martínez Estrada también se detendrán en este elemento revelador de un modo de ser y vivir.
 7. En el poema, los últimos versos dicen: “*Ya el primer golpe/ ya el duro hierro que me raja el pecho,/el íntimo cuchillo en la garganta.*” (Borges II, 2007: 288) En el cuento: “*Dahlmann empuña con firmeza el cuchillo, que acaso no sabrá manejar, y sale a la llanura*”. (Borges I, 2007: 638)
 8. Sarmiento esboza muy sutilmente esta injusticia, que para Borges no es tal, cuando dice: “*San Juan había sido, hasta entonces, suficientemente rico en hombres civilizados, para dar al célebre Congreso de Tucumán un presidente de la capacidad y altura del doctor Laprida, que murió más tarde asesinado por los Aldaos.*” (Sarmiento 1977: 72)
 9. La radicación del inmigrante en nuestro país es predominantemente urbana y de ahí que Martínez Estrada en su proceso de radiografiar el país afirma que civilización y barbarie son una misma cosa y que “*Buenos Aires tiene la estructura de la pampa; la llanura sobre la que va superponiéndose como la arena y el loess otra llanura; y después otra [...] La diversidad de estilos y de cantidad de metros de altura indica la diferencia de métodos empleados en la conquista de la fortuna y la maleabilidad del medio al embate de la aventura o del azar.*” (Martínez Estrada 1946: 23)
 10. La obra de José Hernández consta de dos partes en las que el autor adopta posiciones ideológicas diferentes con respecto al gaucho. En *El gaucho Martín Fierro*, Hernández denuncia el maltrato que el gaucho recibe por parte de las políticas estatales. En la *Vuelta*, Hernández plantea la adaptación de este tipo social al sistema, lo cual implica su desaparición. Leopoldo Lugones reivindica la figura del gaucho mediante el *Martín Fierro* porque la escisión ideológica presente en el poema, refleja la particular posición de esta figura en la historia argentina: primero, el gaucho concebido como bárbaro por sus hábitos de vida y, en este sentido, como representante de la alteridad y luego, una vez desaparecido en su adaptación al sistema, el gaucho, símbolo de la argentinidad.
 11. Reflexiones semejantes son presentadas por Borges en su ensayo “*El escritor argentino y la tradición*”. La idea de que la tradición literaria argentina existe en la poesía gauchesca fue propuesta por Lugones en *El payador* y retomada por Rojas en el momento en que recomienda la canonización del *Martín Fierro*. Esta es la primera de las tesis que Borges rechaza cuando piensa el tema de la tradición con la que interactúa el escritor argentino.

Bibliografía

- Borges, Jorge Luis. “El sur”, en *Obras completas I*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2007, pp. 632-638
- Borges, Jorge Luis. “Historia del guerrero y de la cautiva”, en *Obras completas I*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2007, pp. 669- 672
- Borges, Jorge Luis. “Historia de jinetes”, en *Obras completas I*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2007, pp.178-180
- Borges, Jorge Luis. “Poema conjetural”, en *Obras completas II*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2007, pp. 287-288
- Borges, Jorge Luis. “José Hernández: *Martín Fierro*”, *Obras completas IV*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2007, pp. 100-112
- Borges, Jorge Luis. “Domingo F. Sarmiento; *Recuerdos de provincia*”, en *Obras completas IV*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2007, pp. 143-148
- Borges, Jorge Luis. “Domingo F. Sarmiento: *Facundo*”, en *Obras completas IV*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2007, pp.149-154
- Camus, Albert. *El mito de Sísifo*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1999
- Martínez Estrada, Ezequiel. *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1946
- Lugones, Leopoldo. “El linaje de Hércules”, en *El payador y antología de poesía y prosa*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, N°54, 1979. (Prólogo de Jorge Luis Borges con la colaboración de Bettina Edelberg. Selección, notas y cronología de Guillermo Ara).
- Ortega y Gasset, José. “La pampa... promesas”, en *El Espectador*, Madrid, Edaf, 2007
- Obligado, Rafael. “La señora Doña Juana M. Gorriti y sus obras” en *Prosas*, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1976.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, N°12, 1977 (Introducción de Noé Jitrik y notas y cronología de Nora Dottori y Susana Zanetti) Disponible en: http://www.bibliotecayacucho.gob.ve/fba/index.php?id=97&backPID=96&swords=facundo&tt_products=12
- Saer, Juan José. “Memorias del río”, en *Clarín*, Buenos Aires, 27 de febrero de 2000, Revista N°. Disponible en: <http://edant.clarin.com/suplementos/cultura/2000/02/27/e-00501d.htm>
- Saer, Juan José. *El entenado*, Buenos Aires, Booket, 2006.